

guroso mandamiento que os impuso en esta hora, de que os ameís los unos á los otros, asi como él os ha amado; pues en esto conocerán todos que sois discípulos de Jesucristo, si reináre la caridad entre vosotros. Cese pues desde este momento para siempre vuestra altivez y soberbia; cesen vuestras enemistades y discordias, á presencia de un Dios hombre humillado á los pies de unos pobres pescadores; reine el espíritu de amor y caridad de Jesucristo en todos los corazones. Llegad, hermanos míos, á pedir estos preciosos dones á nuestro amabilísimo Redentor, que os espera con paternal ternura en aquel trono de clemencia; decidle con espíritu de compuncion y de dolor: Señor mio &c. DIXE.



SERMON
DE PASION.

*Expedit ut unus moriatur homo pro
populo, et non tota gens pereat.
Joann. XI. 50.*

UN Dios incommutable, eterno, inmenso, figura de la substancia del Padre, esplendor de su gloria, viva imagen de su divinidad, en todo igual y consubstancial al Padre, y único Dios con el Padre, y el Espíritu Santo; un Dios humanado, Pontífice de los futuros bienes, y eterno Sacerdote segun el orden de Melquisedech, que por su amor á los hombres y por nuestra salud cargó so-

bre sí todos nuestros pecados para satisfacer por ellos á la divina justicia ; un Dios hombre entregado en esta hora al poder de las tinieblas y al furor de sus enemigos , á la ira de los sacerdotes , á la perfidia de los judíos y á la justicia de su Eterno Padre ; un hombre Dios , que es por naturaleza el justo universal , que encierra toda la justicia y á todos los justos en su persona ; pero que al mismo tiempo para cumplir con la ley que adoptó voluntariamente en la eternidad , viene á ser como un pecador universal , que carga sobre sí todos los pecados del mundo , y como una víctima universal entregada á la muerte por todos los pecadores ; un Dios hombre afligido hasta el fondo de su alma , y reducido á una agonía tan prolixa (causada de la consideracion de lo que debia padecer , y de los pocos que se aprovecharian del precio infinito de su copiosa redencion) ; ago-

nía que le hizo cubrirse de un sudor de sangre , que corrió en abundancia hasta la tierra ; un Dios hombre en fin , vendido por un traidor discípulo , atropellado en su persona , en quien desean los ángeles mirarse ; ligado como un facineroso ; conducido de tribunal en tribunal ; tratado á lo ridículo como rey de burlas ; azotado como un vil esclavo ; cubierto de salivas inmundas , y hecho todo su cuerpo una vasta llaga , á manera de un leproso ; coronado de espinas ; con una caña por cetro , como si no fuese el Rey de la gloria y Señor de los que dominan ; cargado como otro Isaac con la leña para el sacrificio ; sacado como otro Abel al campo á ser víctima de la envidia de sus mismos hermanos ; extendido , para decirlo de una vez , sobre un duro leño , sus pies y manos horadadas de agudos y penetrantes clavos , y elevado y pendiente en la cruz á presencia de todo un pueblo , que le cubrió

de insultos hasta que entregó lleno de amor su espíritu en las manos de su Padre celestial: hé aqui, señores, el admirable espectáculo, el dulce y lastimoso objeto que presenta en esta hora á los ojos de nuestra fe la augusta escena del Calvario. ¿Quién de vosotros, os ruego, permanecerá insensible á vista de la passion y muerte de su Dios y Redentor, cuando el sol, las piedras, los sepulcros manifiestan á su modo su extremo dolor y sentimiento en la muerte de su Hacedor?

Mas advertid, señores, que no son lágrimas estériles las que pretendo sacar de vuestro corazon, sino de compuncion y de dolor de vuestros pecados, que fueron la causa y el artífice de tan horrible deicidio. Este hombre Dios nació para morir: así convenia para que no pereciese todo el género humano, segun el oráculo que puso el Padre Eterno en boca de Cayfás. Su muer-

te pues era indispensable para satisfacer á la justicia de Dios infinitamente justo, y el nuevo testamento debia sellarse con la sangre de Jesucristo, segun los decretos eternos. Por tanto no debeis juzgar que fue en el huerto de las Olivas donde el Hijo de Dios oyó pronunciar por la primera vez la sentencia de su muerte. Su Padre la habia ya pronunciado en la eternidad, y él mismo voluntariamente se habia sujetado á ella, declarando su rendimiento desde que vino al mundo. Para confirmarnos S. Pablo en esta verdad, dice que *Dios habia escondido una sabiduría en su misterio, predestinada en su consejo, y preparada antes de todos los siglos para gloria nuestra.* Sabiduría, añade, que no conocieron los demonios; porque si hubiesen ellos advertido el extraño medio que iba á tomar para salvar al hombre, jamas hubiera instigado á los judíos á que crucificasen al Señor y Rey de la gloria.

La sentencia en efecto irrevocable estaba ya pronunciada, y Jesucristo tan sometido á ella, que el mismo Apóstol, citando al Real profeta, le hace hablar con su Padre desde su venida al mundo en esta forma: *tú no has querido ni hostia, ni oblacion*; porque estas, como dice un célebre expositor, no tenían proporcion alguna con la grandeza de un Dios ofendido, ni con la enormidad de la injuria que el hombre le habia hecho: *pero me diste cuerpo*, porque yo mismo debo ser la víctima, capaz únicamente de reparar tan grave ofensa: me diste pues un cuerpo mortal y pasible, conforme al designio que tenias de hacerme un varon de dolores; por esto dixé en el momento de mi encarnacion: vedme aquí dispuesto á executar en tiempo la sentencia que habias pronunciado contra mí en la eternidad; sentencia que me condena á la muerte para satisfacer á

vuestra justicia; sentencia escrita á la frente del gran libro de los decretos de Dios, que contiene la suerte de los hombres, y asimismo la protesta que yo hice de someterme á ella: *in capite libri scriptum est de me, ut facerem voluntatem tuam, Deus meus, volui, et legem tuam in medio cordis mei*. Así cuando se encamina al huerto de las Olivas, va, dice el evangelista, en cumplimiento de lo determinado: *secundum quod est definitum, vadit*. Su sentencia pues está fundada, segun los doctores de la Iglesia, sobre un doble derecho de justicia; á saber, sobre la que Dios se debe á sí mismo, y sobre la que el hombre debe á Dios. Por la primera, se debe Dios á sí mismo la justicia de castigar el pecado, porque á la naturaleza y perfeccion del orden soberano es esencial, dice un sabio, querer en todas las cosas la belleza de orden, y que todo esté arreglado á los de-

signios de su eterna sabiduría. Además, hay en Dios una ley tan inmutable como él mismo, que le obliga á este rigor.

De aqui se sigue que el hombre prevaricador, siendo deudor á Dios, é incapaz de satisfacerle, debia perecer con toda su posteridad criminal, y una pérdida tan deplorable no podia repararse sin que el Criador, por un prodigio de su amor á la criatura, hiciese caer su venganza sobre una víctima digna de su justicia; y hé aqui los motivos de la rigurosa sentencia executada en Jesucristo.

No es pues, hermanos míos, una compasion solo superficial la que exige la Iglesia de nosotros en esta hora. Quiere que reconozcamos haber sido nosotros la causa de los trabajos y afrentosa muerte del Unigénito de Dios: quiere que animados de un vehemente dolor de haber ofendido á un sér supremo, digno

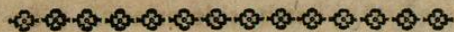
de ser infinitamente amado, expiemos nuestras culpas con lágrimas copiosas de verdadera penitencia: quiere no volvamos á ofenderle, renovando su crucifixión con nuevos crímenes, segun el pensamiento de san Pablo: quiere en fin le acompañemos por el camino del Calvario, llevando cada uno su cruz con humildad, paciencia y amor, para asemejarnos á nuestro exemplar, sin cuya conformidad no podemos ser salvos. Este es el ánimo de esta esposa del cordero de Dios, que quita los pecados del mundo, cuando ofrece á los ojos de nuestra fe este Varon de dolores. Y conformándome yo con los piadosos sentimientos de esta augusta Madre, paso á exponeros con la posible brevedad la passion y muerte del Unigénito de Dios hecho hombre.

¡Ó cruz admirable! Cátedra de nuestro Maestro, lecho de nuestro Esposo, tribunal de nuestro Juez, y

trono del Excelso : ¡ó cruz! en cuyos brazos hemos sido criados, y debemos morir : ¡ó cruz bendita! nuestro escudo durante la vida, nuestro refugio en la hora de la muerte, nuestro puerto en la eternidad : ¡ó cruz! mas resplandeciente que los astros; excelsa vara de Moisés, báculo del mejor Jacob, recibid, os rogamos, ¡ó adorable instrumento de nuestra salud! el homenaje debido con que la Iglesia os saluda: *ò crux! ave spes unica &c.*

Passio Domini nostri Jesu Christi.

Despues que el mas hermoso &c.
Tomo VI. de mis sermones varios,
fol. 38 y sigg.



SERMON
DE LA RESURRECCION
DEL SALVADOR.

Surrexit. Marc. XVIII.

SEÑORES:

¡Qué dia de tanto placer para el cielo y para el mundo! para el cielo por el solemne triunfo de su Criador; para el mundo por la gloriosa resurreccion del Salvador del género humano. Este es el dia del Señor, en que debemos alegrarnos y regocijarnos todos, conforme á la expresion y espíritu de la Iglesia; dia